

divina la gracia de morir con la muerte de los justos: esta es la suerte más feliz que puede tocar al hombre, así como también el espectáculo más agradable á los ojos de Dios: *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus*. Así sea.

LAS SIETE PALABRAS

QUE HABLÓ JESÚS EN LA CRUZ

*Multifariam, multisque modis olim
Dens loquens patribus in prophetis, novis-
sime dicitur ista locutus est nobis in Filio.*
De muchas maneras y de diversos modos habló Dios en otro tiempo á nuestros padres por medio de los profetas: en estos días nos ha hablado á nosotros novísimamente por medio de su hijo.

(S. P. á LOS HEBR., c. 1, v. 1, 2.)

Dios nos amó desde la eternidad. Cuando preparaba la hermosa estructura de los cielos, cuando fijaba los fundamentos de la tierra, cuando rodeaba los mares en su término y ponía leyes á las aguas, para que no traspasasen sus limites, ya nos amaba. Cuando afirmaba arriba la región etérea y abría las fuentes de las aguas, cuando ordenaba toda la naturaleza en su prodigioso é inalterable curso, ya nos amaba. Cuando hacia nacer en los cielos una luz ineficiente, cuando embellecía los prados y llenaba de vida y de esperanza los collados eternos, cuando ordenaba todas las cosas, ya nos amaba, y eran sus delicias el estar con los hijos de los hombres. En prueba de eso, su encendido amor no dejó jamás de dirigirles su cariñosa y santa palabra en lecciones de vida eterna. Ya por medio de ostentosos y nunca vistos signos y estrellas en el firmamento, ya por las instrucciones de sus profetas, ya por las criaturas irracionales, ya por los prodigios multiplicados, ya en fin por las amenazas y los castigos,

siempre y en todo tiempo nuestro buen Dios estuvo hablándonos como en testimonio eterno de su amor. Sin embargo velaba su rostro omnipotente y se hacia inaccesible á los ojos mortales, ó con una nube, ó con el humo de un incendio, porque tenia dicho: *no me verá el hombre viviendo*; y hablaba ya en palabras simbólicas y misteriosas como en Oreb, ya en idioma aterrador y formidable como en el Sinai.

Hoy, cristianos, nos da la prueba más grande de su amor; y por eso nos habla cara á cara por medio de su Hijo Jesús, patente y descubierta á la vista de todos, entre el cielo y la tierra, desde la cátedra de su cruz, en que está, no sentado cual maestro y Dios, sino colgado de un horrendo patíbulo, fijo en él con duros, agudos y mortales clavos como en actitud suplicante, en el acto mismo de firmar su doctrina con su sangre y de sellarla con su muerte. El testamento eterno del Hombre-Dios es lo que vamos á oír; las palabras sublimes, divinas, de paz, de vida y salvación, que reconcilian al cielo con la tierra y que abren de par en par las puertas de la gloria, cerradas por el pecado más de cuatro mil años. Toda la esencia de su ley santa, todo lo más importante para la vida cristiana, todo lo más dulce y consolador que encierra el Evangelio, sale en sentenciosos y cortados conceptos de los agonizantes labios del Unigénito del Padre, en el largo espacio de tres horas que dura su terrible y mortal padecer. Horas tristísimas para toda la naturaleza, horas de lágrimas y dolor para los bienaventurados, horas de mortal tormento para la Madre santísima que está presente; pero horas preciosas y benditas para nosotros los cristianos, enseñados en ellas y redimidos por ellas.

¡Y qué enseñanza tan universal, tan fecunda en resultados para el mundo! Ella, hermanos míos, será en el día del juicio, si la aprendemos y aprovechamos, el título de nuestra gloria; y si la desatendemos cerrando el corazón á su influjo benéfico y salvador, la sentencia de nuestra eterna desgracia.

Vamos, pues, á oír cómo habla nuestro amante Jesús, al tiempo de morir, y durante su penosa y amarga agonía. Levantemos con piadoso y humilde corazón nuestra vista á ese augustó trono, en que está pendiente la sabiduría increada, y á sus pies no dejemos de contemplar á esa purísima criatura, á la Virgen madre, que también agoniza de pena con su Hijo divino. Y tú, Virgen desconsolada, alcánzanos á todos la gracia de la docilidad, y de la unión santa á mí, para que yo hable cual es debido en este asunto, y para que los fieles oigan y se aprovechen, como conviene, de las luminosas lecciones de Jesús. *Ave María*.

PRIMERA PALABRA

Pater dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt.

Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

(S. LUCAS, c. 23, v. 34.)

Cristianos, el mansísimo cordero Jesús, conducido á ser víctima sin abrir su divina boca para lamentarse de tantos tormentos y ultrajes, y de muerte tan acerba y dolorosa, al fin, próximo á expirar, habla, sí, pero sólo para dirigirse á su eterno Padre, demandando, no justicia, castigos ni venganza contra sus fieros verdugos, sino indulgencia y perdón. ¡Lección sublime, jamás oída ni esperada en toda la sucesión de los siglos! Advertid, hermanos míos, que no es un justo Job, que disimula á su insultante mujer y á sus imprudentes amigos las injustas reconvenções que le hacen por su sufrimiento y virtud; que no es un Moisés que pide perdón del desacato que contra Dios comete el pueblo, y esto después de haber manifestado su cólera; ni es un David que encarga la custodia de Absalón rebelde, al paso que destaca un ejército contra él; es Jesús, el Hombre-Dios; es el mismo que recibe los ultrajes, que sufre las penas, que arrostra los dolores y la muerte, con resignación y paciencia infinitamente mayor que la de todos los afligidos, que todos los desgraciados y que todos los mártires de los pasados y venideros siglos. No forma argumentos y discursos para convencer la injusticia é indiscreción; no saca la espada vengadora y busca parciales que le ayuden á derramar la sangre de los idólatras; no dispone de ejércitos que exterminen y anonaden á sus contrarios, aunque pudiera rogar á su Padre, que le enviase más de doce legiones de ángeles. Ruega, sí, á su Padre, pero es por el perdón de aquellos mismos que le crucifican, y las razones de que se vale, y los medios de que echa mano y las armas en que se apoya, son la ignorancia de sus mismos enemigos, que le sirven de argumento para excusarlos: *Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen.*

Ellos, aunque debieran conocerme, al fin es cierto que no me conocen; aunque tienen sobrados motivos para saber que yo soy el verdadero Mesías, su bienhechor, su salvador y su Dios; pero de seguro todo lo han olvidado, y la causa de ello es, porque mi rival y ene-

migo está ciego, y también á ellos los ha cegado, y así *no saben lo que se hacen.* Es cierto, cristianos, que no lo sabían; si hubieran conocido á su Dios, nunca le hubieran crucificado. Y también lo es, que el demonio se engañó, creyendo que obtenía un gran triunfo, atizando contra Jesús la cólera de los judíos, cuando por este medio servía sin saberlo á las altas miras de la redención, que le disminuían considerablemente el imperio sobre todos los redimidos.

Con estas razones, ese buen Jesús, esfuerza su voz penetrante, poderosa y divina, muda y silenciosa hasta entonces, para pedir por ellos indulto y perdón á su eterno Padre: *Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen.* Lección sublime y divina, repito; lección importante y necesaria para nosotros, cristianos; lección que el mundo no conoce, ni aprende, ni quiere nunca practicar. En vez de buscar razones, pretextos y motivos para disminuir y salvar la culpabilidad de los que injurian y dañan, es moneda corriente la de inventar sutilezas, fingir razones y soñar circunstancias para agravar, engrandecer y dar importancia á las culpas ajenas, acaso imaginarias. Pues sabed, hermanos míos, que las costumbres y prácticas del mundo son enemigas de Dios; que en cien lugares de la divina ley se nos encarga, se nos recomienda y manda expresamente el perdón de los enemigos, el disimulo de las injurias, el indulto de los agravios. *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores,* decimos cada día al rezar el Padre nuestro. Ahí está la sentencia pronunciada por nuestros mismos labios: si no perdonamos á los que nos dañan, perjudican y ofenden, nosotros mismos pedimos al Señor que no nos perdone.

Esta celestial doctrina, que es lo más grande y más excelso de la religión cristiana, fué la primera que Jesús nos enseñó con su ejemplo en la cruz. Pero no sólo perdonar y excusar á los enemigos, sino hacerles bien y pedir á Dios por ellos, es lo que se nos manda; porque así lo practicó Jesús, nuestro maestro y nuestro Salvador. Por grandes que sean los agravios que nos hagan, por irreparables las injusticias que en perjuicio nuestro cometan, por dolorosos los padecimientos que nos hagan sufrir, por inmensos los daños, injurias y males que nos irroguen, ¿llegarán á crucificarlos? Y si llegasen, ¿qué mayor gloria para nosotros que la de imitar á Jesucristo? Pero atended: esos mismos que os dañan, perjudican y persiguen, ¿lo harían si supiesen y estuvieran convencidos de que obran mal, y de que el mal se lo hacen á sí mismos? Creo que no; luego, hay siempre la misma razón que tuvo Jesús para perdonarlos y pedir por ellos: la ignorancia. *Perdónalos, porque no saben lo que se hacen,* debemos repetir cuando nos veamos perseguidos y agraviados.

Hombres vengativos, iracundos, soberbios, perdonad á vuestros enemigos, á los que os hacen daño, porque Jesús los perdona y pide por ellos; también pide por vosotros, que le ofendéis y crucificáis, cuando ofendéis á vuestros hermanos, ó cuando no los perdonáis. Esta es la primera palabra que habla Jesús en la cruz, y la primera que debemos aprender. No quede ya ninguno en este templo, en mi auditorio, que no se abraçe con su enemigo, que no lo perdone de corazón, y que no pida á Dios por él. El que no esté dispuesto á hacerlo sinceramente y con verdad, huya de aquí, y entienda que es cual si se apartara del seno de la iglesia, porque para él no hay redención: ¿lo oís?

No, mi buen Jesús, todos perdonamos ya á los que nos han ofendido para que tú nos perdones; todos repetimos de lo íntimo de nuestra alma, verdaderamente arrepentidos y reconciliados: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen.*

SEGUNDA PALABRA

Hodie mecum eris in paradiso.
Hoy estarás conmigo en el paraíso.

(S. LUCAS, c. 23, v. 43.)

Jesucristo sufrió, entre sus ignominias y afrentas, la de ser crucificado entre dos facinerosos ladrones: uno de ellos, convencido de la injusticia con que los judíos daban muerte á Jesús, cuya divinidad é inocencia llegó á conocer en aquella hora suprema, por gracia y misericordia del mismo Señor, le pidió perdón y el don de la salvación en estos términos: *Acuérdate, Señor, de mí, cuando estés en tu reino.* Jesús, conociendo su fe y su arrepentimiento, en consecuencia práctica y en prueba demostrativa y evidente de la sublime doctrina que ya había enseñado por su primera palabra, le consoló, le perdonó y dijo: *Hoy estarás conmigo en el paraíso.* Y ésta fué la segunda que habló en la cruz.

Observemos, cristianos, los medios rápidos, pero indispensables, por donde el buen ladrón llegó, tan ligera y repentinamente, á ganar y obtener su justificación y salvación; observemos la infinita misericordia del Señor, y aprendamos á no desconfiar jamás de la bondad y clemencia de nuestro gran Dios.

El ladrón estaba oyendo las injurias y blasfemias que vomitaban

contra Jesús las fieras lenguas de sus implacables enemigos. Oyó también, con dolor y extrañeza, por lo que se vió después, que su infeliz compañero imitaba á aquella chusma feroz, y que blasfemaba asimismo contra el Señor, sin considerar la triste suerte en que todos se hallaban, ni la más triste aún y eternamente desgraciada que le iba á caer en breve; y dirigiéndole la palabra con una sentida y enérgica reconvencción le dijo: *Cómo, ¿mi aun tú temes á Dios, estando como estás en el mismo suplicio? Pero nosotros estamos con justicia, pues que recibimos el condigno castigo de nuestros hechos; mas éste nada malo hizo.* Y en seguida le dice á Jesús: *Señor, acuérdate de mí, cuando estés en tu reino.* Conoció á Jesús este infeliz indudablemente; tuvo fe, y fe verdadera, y fe eficaz, porque confesó su divinidad, la publicó y la defendió con valor y energía. Conoció también sus delitos, y también los confesó con dolor y arrepentimiento; pidió perdón y lo obtuvo; porque, ¿qué otra cosa que una fe ardiente y eficazísima de la divinidad de Jesucristo, son estas palabras: *ni tú temes á Dios en cuya pena, esto es, en lo que sufre Dios, estás complicado?* ¿Qué otra cosa que confesión y arrepentimiento significan las otras: *nosotros sufrimos el condigno castigo de nuestros hechos, y con justicia?* ¿Y qué sino amor grande, encendido para con Dios, demuestra la defensa que hace de Jesús, la publicación de su inocencia y la súplica del perdón? ¿Qué fe, qué amor, qué arrepentimiento, qué confesión y qué confianza, hermanos míos, más sinceras, verdaderas y saludables, que las que están lacónicamente expresadas en las últimas palabras de su súplica: *¿Señor, acuérdate de mí, cuando estés en tu reino!*

Si nosotros viviésemos todo este cúmulo de virtudes, aunque fuese en la proximidad de la muerte, seguros podríamos estar de nuestra salvación; seguramente oiríamos las dulcísimas y consoladoras palabras de Jesús: *Hoy estarás conmigo en el paraíso.* Pero ¡ah! no es fácil confiar en tan santas disposiciones en aquella hora tremenda, si antes se ha vivido mal. Es verdad que el ladrón también fué malo, facineroso y perverso, y se salvó; pero Dios quiso por su infinita misericordia inspirarle aquellas santas disposiciones: ¿sabemos nosotros, podemos penetrar, nos atreveremos con ojo perspicaz y temerario á escudriñar en los impenetrables decretos de la sabiduría infinita, los motivos que tuvo el Señor para obrar esta conversión tan maravillosa? No.

Con todo, es indudable que la obra, grande y estupenda, de esta conversión, fué hija de la gracia y misericordia infinita del Señor. Reconozcámosle siempre, defendámos con fe su santidad é inocencia, invoquemos su piedad aun en la hora de la muerte; pero, arre-

pentidos como el ladrón, y tengamos firme confianza en su misericordia, de que como él oiremos la dulce promesa y seguridad de la salvación.

TERCERA PALABRA

Ecce filius tuus... ecce mater tua.
He ahí á tu hijo... he ahí á tu madre.

(S. JUAN, c. 19, v. 26 y 27.)

¡Palabra de inefable consuelo para los hombres, es la tercera que pronuncia Jesús, pendiente del patibulo ignominioso y cruel, en que le han puesto los mismos hombres! En la persona del discípulo amado, nos declara hijos adoptivos de su misma madre. Aquella Virgen purísima que había dado á luz al Hijo de Dios encarnado, no pudiendo ya tener en la tierra presente para su gloria, alegría y consuelo al Hijo de sus entrañas, porque iba á morir por los hombres, recibe como legado suyo á los mismos hombres, con quienes ejerza el cariñoso oficio de madre, y de quienes reciba los debidos obsequios y atenciones de hijos. Encargo reciproco, que si bien nos proporciona todos los encantos y dulzuras de la Madre del Amor hermoso, también nos empeña á cumplir con esta Señora los altos cuidados y respetos de humildes y afectuosos hijos.

Un grande y distinguido consuelo, cristianos, es el que en esta palabra nos suministra, para la vida del mundo y para la eterna, el agonizante Jesús; pero un consuelo, que exige de nosotros obligaciones y deberes sagrados de la más elevada importancia. ¿Por dónde, en qué títulos, con qué razones hubieran podido creer jamás los miseros hijos de Adán, los desapiadados verdugos que con sus pecados y maldades crucificaban al Hijo de Dios, que entonces mismo, cuando le iban á sacrificar, él hubiera de subrogarles á su propia Madre? ¿Puede darse mayor prueba del amor y ternura que el Señor nos tuvo desde la eternidad? Reflexionadlo bien, pecadores; la Virgen inmaculada, la criatura más justa, más santa y querida de Dios, su verdadera madre es ya madre nuestra: *Ahí tienes á tu madre.*

Pero también somos nosotros sus hijos: *ahí tienes á tu hijo.* Pues bien; cuidado, que este incomparable legado, este inmenso y rico tesoro exige un esmero y una fidelidad sin límites para su custo-

dia. Ya verá el Señor la vigilancia y escrupulosidad con que lo guardáis; la pureza, la humildad, el respeto con que lo servís; la atención y miramiento con que le obedecéis; la prontitud y fidelidad con que ejecutáis sus mandatos: sabed que al que mucho se le ha dado, mucho se le pedirá. Sois hijos de María, virgen pura, santa y virtuosa, en tan alto grado que con justicia se la llama *reina de las virtudes*. Pues el mejor modo de cumplir con los oficios de hijos suyos, es imitarla y esforzarse á copiar cada cual en su conducta las virtudes de esta digna madre.

Tened entendido, además, que Jesús para eso os declara por sus hijos. Mirad bien, repito, la ocasión y circunstancias en que os transmite este encargo, y el objeto con que lo hace. Va Jesús á exhalar muy pronto el último aliento, y debéis acompañar á su triste y desconsolada Madre. ¿Se engañara Jesús en la confianza que hace de vosotros? ¿Seréis ingratos á su distinguido favor?

¡No, buen Jesús! jamás olvidaremos tan importante encargo, nunca seremos ingratos á tan singular beneficio. De hoy en adelante nos portaremos como dignos hijos de María. Y vos, Madre afligidísima, aquí tenéis en cada uno de nosotros un hijo adoptivo, solicito para agradaros, humilde para obedeceros y tierno para compadecer vuestras penas: *ahí tienes á tu hijo.* Nuestra vida toda y todos nuestros anhelos serán el imitar vuestras virtudes, el acompañaros en vuestra orfandad y el ser tus dignos hijos. Manifiéstanos tu que eres nuestra madre con tu protección y amparo en todos los peligros y lances difíciles de la vida. Alcanzanos gracia, santidad y virtud, para que nosotros podamos siempre decirte dignamente: *ahí tienes á tu hijo;* en el mundo y en la eternidad.

CUARTA PALABRA

Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me!
Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?

(S. MATEO, c. 27, v. 46.)

Encargada al cuidado del discípulo Juan la Virgen, y en él puestos bajo la égida cariñosa y maternal de esta Señora todos los hombres, por cuya salvación moría el Hombre-Dios; llegándose ya el término de su penosa agonía, pues era cerca de la hora nona, esto es,

las tres de la tarde, y por consiguiente hacia ya cerca de tres horas que Jesús estaba pendiente de la cruz, haciendo el Señor un esfuerzo extraordinario, y levantando su voz, en tono lastimero y penetrante, se quejó á su eterno Padre del desamparo en que le tenía constituido. *Dios mío, Dios mío*, le dice con voz vehemente, *¿por qué me has desamparado?*

Cristianos, ved la situación tristísima y lamentable en que está el Hijo del Altísimo; ni discípulos, ni amigos, ni criaturas insensibles, ni sus fieros verdugos, más encarnizados é inhumanos que tigres, le consuelan; todos le abandonan y desamparan: busca alivio y consuelo en su eterno Padre, y en él encuentra también el mismo desamparo. Así lo habían anunciado los profetas, y así debía cumplirse, y se cumplió. *¿Pero cómo, oh eterno Padre, cómo abandonas así á tu Hijo amado, á ese Hijo, que es la figura de tu substancia, el esplendor de tu gloria, y en el que has dicho que están cifradas tus complacencias? ¿Por qué causa sobreviene ahora tanto desvío, tanto enojo, tan cruel desamparo? ¿No ha sufrido ya bastante? ¿Es justo acaso aumentar la aflicción al que padece? ¿Qué delito ha cometido, si es la misma inocencia, la justicia y santidad misma? ¿Por qué, pues, se le niegan hasta aquellos tristes consuelos que excita la natural compasión, hasta la humanidad misma, en favor de los criminales más famosos? ¿Por qué no le enviáis un ángel que le conforte ahora y sostenga como en el huerto? ¿O era que allí aún no estaba en poder de la justicia, bajo la potestad de las tinieblas, y porque no rehusase el sufrir, le quisiste sostener? Y ahora que ya se ve atado y fijo en la cruz, con duros clavos que le desgarran sus divinos pies y manos, ¿queréis hacer que beba y apure hasta las heces el cáliz amargo de tu ira contra el pecado?*

¡Ah, hermanos míos! la imaginación se pierde en un abismo de dudas y temores, y el corazón se anotada y palpita azorado, al considerar el extremo de angustia y mortal agonía en que se halla Jesús. ¡El pecado y sólo el pecado, por el cual ha salido responsable, es la causa de tan amargo pensar! Si así se corta en el leño verde de la inocencia de Jesús, ¿qué sucederá en el seco de nuestras maldades? ¿Y extrañaréis ya, pecadores, si os veis abandonados de Dios, en justo castigo de vuestros pecados?

Por sólo la semejanza de pecador y por la obligación voluntaria que acepta Jesús de satisfacer por el pecado, su eterno Padre le desampara y le deja en el mayor desconsuelo y abandonado á sí mismo, sin otro consuelo que el de su propio dolor. Las fuerzas naturales como hombre le faltan y desfallecen; y las sobrenaturales de Dios

se las retira el eterno Padre, por un milagro, para hacerle padecer más; y he aquí el motivo de su queja y desmayo.

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? ¡Pobre y afligidísimo Jesús de mi alma! ¿quién te consolará, si el eterno Padre te desampara? ¿Nosotros? ¡Ah miserables! ¡si somos cabalmente la causa del desamparo de Jesús! Meditadlo bien: ¿sois capaces, cristianos, de condoleros del desamparo y abandono en que se ve el Hijo del eterno Padre, vuestro salvador y redentor? ¿Os atrevéis á suministrarle algún lenitivo, algún consuelo en su extrema aflicción? ¿Podéis hacerlo?... Si podéis.

El arrepentimiento y el dolor de vuestros pecados es el único bálsamo de consuelo que de vosotros espera. ¿En qué os detenéis? Arrojaos á sus pies, con el corazón herido por el dolor y la contricción: decidle de lo íntimo de vuestra alma: oh mi Jesús, desamparado por mis culpas; arrepentidos ya de veras, nos tenéis aquí para ofrecer os el consuelo de una firme resolución de no ofenderos ya más; admitido, Señor, y consoladnos á nosotros en las aflicciones en que de continuo nos ponen nuestros extravíos: no nos desamparéis en esta vida, ni nos dejéis de vuestra mano misericordiosa hasta la eternidad.

QUINTA PALABRA

*Sitio.
Sed tengo.*

(S. JUAN, c. 19, v. 28.)

El inocente y desterrado Ismael, abandonado de su padre Abraham, y lanzado de su casa con su infeliz madre Agar, cansado y fatigado en medio del desierto, se abrasa de sed; llora, gime, se desconsuela levantando su voz al cielo, porque tiene sed. Esto mismo dice Jesús con voz apagada y agonizante: Sed tengo. Era un efecto natural de la falta de sangre, que es el líquido de la vida, y de la cual ya le quedaba muy poca, porque la había derramado gota á gota por sus mortales heridas. Era un efecto amoroso de su caridad, porque aún no estaba satisfecho de padecer por los hombres y tenía sed de padecer más. Era una invitación enérgica y misteriosa que hacía á todos los pecadores, de cuya salvación tenía sed: no le bastaban los innumerables justos que por su redención se habían de salvar, desde

el principio del mundo hasta el fin; deseaba que ninguno se perdiese, y tenía aun sed de que fuesen más copiosos los frutos sobreabundantes de su pasión. *Sitio*, dice Jesús; sed tengo!

¿Lo oís, pecadores? Aunque Jesús se ha hartado de oprobios, como dijo Jeremías, aunque ya no caben en la posibilidad humana más tormentos y martirios, pues que ha derramado á torrentes su preciosísima sangre en tantas llagas y heridas como tiene abiertas su sacratísima humanidad; el concilio, el pretorio, la casa de Anás, Caifás y Pilatos, las calles de Jerusalén, el camino del Calvario y el Calvario mismo está todo regado de esa sangre divina, precio de la redención del mundo; no extrañéis que Jesús tenga sed: ese es un tormento más, una fatiga cruel, una angustia inexplicable, capaz por sí sola de hacerle morir: consideradlo bien y condoleos de este nuevo martirio. ¡Oh! ¡y quién pudiera templar la sed del abrasado corazón del Hijo de la Virgen! Angeles del paraíso que oísteis enternecidos el llanto de Ismael y le suministrasteis agua, ¿cómo no refrigeráis ahora al Hijo del Eterno? Pecadores, corred con un vaso de agua á templar la sed del que muere por vosotros. Sed tengo, dice Jesús.

Peró no, no lo comprendéis. Esa sed es de padecer más; no está satisfecho Jesús, quiere más tormentos, más azotes, más espinas, más dolores, más heridas, más clavos, más cruz; desea padecer más todavía; nuevas afrentas, mayores injurias, otros desprecios é insultos; quiere, anhela, desea, tiene sed y pide que le deis otra muerte, mil muertes; pues su amor por vosotros es infinito, inmenso, no tiene límites ni término, ni tampoco su deseo de padecer. *Sed tengo*; así, pues, pecadores, armad vuestra diestra sin piedad, y descargad cuantos golpes queráis y os sugieran vuestras pasiones, vuestra malicia y el demonio sobre el despedazado y adorable cuerpo del pacientísimo Jesús; los aguarda, los espera, tiene sed de ellos; no dejéis que su paciencia se canse, que su sed se mitigue y satisfaga; mirad que si se quiere padecer más es porque ninguno se pierda ni condene. Haya abundantes martirios para Jesús, para que haya abundante número de redimidos y santos.

Sed tengo: no bastan en la inmensa caridad y ardiente celo de Jesús por la salvación de los hombres, el prodigioso número de patriarcas, profetas y justos de la antigua ley; el lucido escuadrón de tantos millones de martires, que darán su vida por la defensa de la nueva, que es el Evangelio sellado con su sangre; el cándido coro de las vírgenes, el penitente rango de las anacoretas; el respetable colegio de los confesores y la prodigiosa multitud de tantos y tantos varones y mujeres ilustres, que renunciando el mundo y practicando

la virtud perfecta, habían de ser un irrefragable testimonio del poder salvador de su cruz; no quiere que ninguno se pierda, y así tiene una sed devoradora por salvarlos á todos.

¿Y nos salvareis nosotros? ¿Seremos del glorioso número de los que mitiguen y sacien la sed que de más almas tiene el Redentor? De nosotros depende. Ninguno se pierde sino por su propia causa. Así, pues, cristianos, vamos á procurar en adelante saciar la sed que tiene Jesús por hacer justos y santos, siéndolo nosotros.

SEXTA PALABRA

Consummatum est
Todo está cumplido.

(S. JUAN, c. 19, v. 30.)

Todo está cumplido. La iniquidad de los hombres, la injusticia de los judíos, la impiedad de la sinagoga, la envidia cruel de los escribas y fariseos, y la pasión de Jesucristo, y la redención del mundo, y la satisfacción que Dios exigía por el pecado, para abrir de par en par las puertas del cielo á los delincuentes hijos de Adán; todo está ya hecho; todo está cumplido.

¡Ah cristianos! Jesús lo dice, colgado de un horrendo patíbulo entre el cielo y la tierra: *todo está cumplido*. ¿Ha podido hacer más por nosotros? ¿No ha bajado desde el seno del Padre para tomar nuestra naturaleza? ¿No ha cargado sobre sí todas nuestras miserias para remediarlas? ¿No le veis en esa cruz próximo á morir para que nosotros vivamos? ¿Pues qué otra cosa ha debido hacer, que no la haya hecho? El establecimiento de una religión santa y consoladora, toda amor y caridad, en cuyo seno solamente nos podemos salvar; las abundantes gracias que se nos franquean copiosamente en los santos sacramentos para conseguir por su medio la salvación; la ley santa del Evangelio, sellada con su preciosa sangre; el inefable consuelo de la presencia augusta del mismo Señor, que se queda con nosotros sacramentado para servirnos de alimento; en fin, la bienaventuranza anticipada que se nos prodiga y prepara; todo, todo está ya hecho.

¿Pero lo está igualmente por nuestra parte? Pregúntese cada uno á sí mismo, y con la mano en el corazón dé la respuesta. Las iras, las venganzas, la vida licenciosa ó indiferente, la inmoralidad, la irreligión en las obras; las blasfemias, los juramentos, las obscen-

nidades y escándalos en las palabras; la torpeza, la inmoralidad, los juicios temerarios, los proyectos inícuos, los planes impíos en el pensamiento, ¿están ya acabados? ¿Pensamos ya sólo en Dios y en la eternidad? ¿Hablamos sólo para edificar á los otros y para dar gloria á Dios? ¿Practicamos sólo acciones dignas de penitencia, de arrepentimiento y virtud cristiana? Si así no es, digamos que aún no está todo consumado; digamos que nuestra vida es y será, como hasta aquí, vida de disipación, de desorden y de abandono; y que no está todo acabado, porque falta consumarse nuestra condenación eterna. Resolvedlo, pues, vosotros, pecadores.

De otra manera es indispensable que empecemos una vida nueva, desnuda del hombre viejo y de sus actos, como nos encarga el Apóstol, y vestida del nuevo, que esté adornada según Dios, de justicia, santidad y verdad. Acábase todo lo que ofende á los ojos de la majestad de nuestro Dios, y que ha consumado el sacrificio de su hijo Jesús. Enmendemos nuestras costumbres, y seamos tan firmes en el propósito de vivir bien, que podamos decir con verdad á Jesucristo: Señor, todo está ya consumado también por nosotros; los vicios, la mala vida, los pecados, vuestras ofensas, todo, todo se ha concluido. Seremos buenos cristianos, fieles y agradecidos á los beneficios que nos habéis otorgado con vuestra pasión y muerte, pues para realizarlo confiamos en vuestra gracia, de la que nadie, ni nada del mundo será capaz de apartarnos, porque nuestra santa resolución esta consumada.

SÉPTIMA PALABRA

Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.

Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

S. LUCAS, c. 23, v. 46.)

No desmayéis, os ruego, hermanos míos, cobrad aliento y preparaos para el último golpe; ya Jesús encomienda su purísima alma, agitada por el espasmo de la muerte, en las manos de su eterno Padre. Da el último adiós al mundo, la postrera lección; tenedla presente. Su alma santa y bienaventurada desde el feliz momento de ser criada por Dios y unida á la santa humanidad en el vientre virginal y purísimo, parece que es una redundancia el entregarla ahora en

las manos del Padre, pues siempre estuvo en ellas, y siempre gozó de la visión beatífica. Pero Jesús obra aquí como hombre para instruir á los hombres y enseñarles un importante deber, que ha de echar necesariamente el último sello á la vida cristiana, y ha de ser como la llave maestra que cierre la puerta al mundo, y á la vez abra la de la eternidad.

He aquí, de una ojeada, toda la sublime enseñanza que nos da el Maestro divino desde la cátedra sangrienta de su cruz, al tiempo de morir. Las obras más perfectas de la caridad cristiana, que consisten en amar, perdonar y hacer bien á los enemigos, esforzándose con decidido anhelo y ardiente sed, porque consigan su salvación. Esto lo vemos enseñado por Jesús en sus primeras cuatro palabras, y practicado con su divino ejemplo, salvando al ladrón y dejándonos por madre y maestra á su Madre misma, que es la viva representación del amor más tierno y de la virtud más perfecta. La otra parte de la caridad, que es el amor de Dios, está asimismo claramente manifiesta en las tres últimas, cerrando toda la lección misteriosa, esa entrega voluntaria, aunque precisa, que debemos hacer todos, de nuestro espíritu en las manos de Dios que lo crió á su imagen y semejanza. ¡Ojalá que nuestra dicha sea tan cumplida, y nuestro destino en el mundo tan fielmente desempeñado, que al fin vaya nuestra alma al seno de Dios, que la crió para salvarla!

Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu, dice por último Jesús. Mi misión sublime sobre la tierra, que era la de redimir á los hombres con mi propia sangre y vida, se ha llenado en todas sus partes; ya voy á unirme á aquel que me envió. Procuremos, cristianos, llenar la nuestra aprendiendo y practicando las importantes lecciones que nos ha dado el Maestro divino. Sea tal nuestra vida, que al acercarse el momento de la muerte, podamos confiados decir con el Apóstol: *yo he peleado una buena pelea, he consumado mi carrera, he conservado la fe, ya no me resta más que recibir la corona de justicia que me tiene preparada y dará el justo juez; sea tan pura y perfecta nuestra virtud, nuestro amor de Dios y del prójimo, como con su divino ejemplo nos lo ha enseñado Jesús, y apoyados en él, tengamos tanta fe en su santa palabra, que al oír la triste noticia de la muerte, se exalte de júbilo nuestra alma y digamos con el Profeta: me he regocijado en las cosas que se me han dicho; ya voy á la casa de mi Señor.* En fin, nuestra fe, nuestra confianza y nuestro deber cristiano, es siempre dejar nuestra alma y cuanto á su salvación toca, en las manos de Dios, y principalmente á la hora suprema, con fieles imitadores de Jesucristo.

Padre: en tus manos encomiendo mi espíritu, dijo por última palabra Jesús, y diciendo esto, expiró, dice el evangelista. ¿Lo habéis entendido? *Y al decirlo, expiró*. Ahora, pecadores, si que está consumada vuestra obra; ya os podéis dar por satisfechos, porque Jesús ha muerto á causa de vuestros pecados; ¿queréis más? ¿No os basta lo que habéis hecho? Pues entonces tomad lanzas y abridle su corazón amoroso, sacadle cuanta sangre le quede; heridle, blasfemad de su santo nombre, deshonradle con vuestra conducta impia y atroz; pero temed su justicia.

¡Ah pecadores! muévaos ésta á contrición, si ya no os mueve su amor; muévaos á la enmienda de la vida, al arrepentimiento y al dolor. Porque sabed, repito, que nosotros le hemos crucificado y muerto: á nuestro Jesús, á nuestro Dios, á nuestro Redentor y Salvador. Este conocimiento, esta confesión pide lágrimas, en lugar de reflexiones, en vez de palabras. Derramadlas en abundancia á los pies de este buen Señor, y de lo íntimo del alma decidle: Señor mío Jesucristo, ya no queremos vivir, sino morir con vos y para vos eternamente. *Amén*.

LA SEPULTURA DE JESUCRISTO

Cumque consummasset omnia quae de eo scripta erant, deponentes eum de ligno, posuerunt eum in monumento.

Y después que cumplieron todas las cosas que estaban escritas de él, le quitaron de la cruz, y le pusieron en el sepulcro.

(Act. XIII. v. 29.)

Parece extraño é inconcebible á primera vista que Dios, según la narración del Génesis, después de haber terminado en seis días la creación del mundo, descansase el séptimo, como el que está fatigado de una obra grande y trabajosa. La obscuridad de este pasaje pro-

viene de que se atribuye sólo á Dios, como Dios, lo que es propio del Hombre-Dios, de que se quiere entender de lo pasado lo que es una profecía brillante de lo futuro, y de que se aplica á la figura lo que sólo se verifica literalmente en el que es la realidad. El mismo Dios que crió el mundo fué el que lo reparó. La misma sabiduría eterna, que en otro tiempo formó al hombre en el sexto día, le rescató precisamente en el sexto día, muricndo por él; con la diferencia sin embargo de que mientras que la creación del mundo fué como un juego del poder divino, la redención fué un verdadero trabajo, fué la obra de Dios por excelencia; mientras que la creación fué el efecto de un precepto general, de una palabra emanada de Dios, la redención fué un trabajo penoso y largo, una verdadera fatiga para el divino artifice que la llevó á efecto.

Efectivamente, más trabajo costó á Jesucristo, si me es lícito hablar así, disipar las tinieblas de la idolatría, que criar la luz; más trabajó para destruir los vicios, que para producir los animales; más se afaná para reparar en el hombre la imagen de Dios desfigurada por el pecado, que para formarla la primera vez. Al revelarnos la Escritura que Dios, en cuanto Dios, descansó al séptimo día, después de acabada la obra de la creación, quiso anunciar de antemano que el Hombre-Dios descansaría en la tumba al séptimo día, después de haber consumado la obra mucho más sublime é importante de la Redención del género humano. Ved aquí porqué la historia del reposo del Dios Criador se lee el sábado santo bajo el título de *profecía*, porque ella es en efecto una profecía del reposo del Dios Redentor; y porque este misterio debía cumplirse en sábado, fué por lo que los judíos celebraron siempre el sábado como un día de gran solemnidad. San Pablo, en sus famosos discursos á los judíos, en los que refería la historia de la Redención, llamaba particularmente su atención sobre este misterio, diciéndoles: «Después que los discípulos hicieron todo lo que estaba escrito de él, le bajaron de la cruz, y le pusieron en el sepulcro. Meditemos pues en el día de hoy sobre los misterios secretos encerrados en estas sencillas palabras, apenas consideradas por los cristianos; encontremos en ellas motivos para instruirnos cada vez más, y para abrasarnos en el amor de Dios que murió por nosotros.

Prosternados delante de vos, os adoramos, y os suplicamos rendidamente que dejéis caer sobre nuestras pobres almas una sola gota de esa sangre divina con que fuisteis regada, para que borre en nosotros las manchas del pecado, nos alcance la gracia y el perdón, acreciente nuestros méritos y nos asegure las recompensas eternas: *O cruz, ave, spes unica. Ave Maria*.